

La investigación de campo en tiempos de COVID-19: Entrevistando a migrantes durante el confinamiento

por **Liliana Rivera Sánchez** | El Colegio de México | rivesanl@colmex.mx

y **Olga Odgers** | El Colegio de la Frontera Norte | odgers@colef.mx

Algunos puntos de partida sobre la investigación social y el ingreso al campo

Independientemente de que se sea un estudiante en preparación de tesis o un investigador con larga trayectoria, el momento de entrar a campo es siempre excepcional. El entusiasmo, combinado con algo de inquietud están presentes: aún si el protocolo de la investigación fue detalladamente preparado, las relaciones interpersonales tienen siempre algo impredecible. Lo que Malinowski llamaba “los imponderables de la vida social” (Malinowski 1973, 10). En el caso de México —y numerosos países latinoamericanos— el incremento de la inseguridad ha acentuado la incertidumbre, llevándonos a modificar, reinventar o limitar las estrategias de campo habituales. Pese a todo, hemos perseverado en nuestros esfuerzos por seguir los supuestos metodológicos, que priorizan la inmersión prolongada en la vida cotidiana de las personas y la interacción cara a cara.

El campo despierta nuestras fibras emocionales porque requiere participar, con lo que somos, en la interacción, poner nuestro cuerpo en el espacio de la investigación, mostrarnos para ver, narrarnos para escuchar, darnos para recibir, establecer *rapport*. Probablemente, pese a las dificultades crecientes, para muchos de nosotros la investigación en campo sigue siendo uno de los momentos predilectos de nuestro quehacer como científicos sociales. El que nos inspira y nos define.

Como sabemos, la práctica de la investigación social y el inicio de la investigación en campo requiere de un trabajo previo, no solo para la construcción de instrumentos metodológicos

(guiones de entrevista, bitácoras para la observación en campo, mapas, redes y directorios de actores, entre otros) que permitan hurgar de forma sistemática en los procesos sociales que interesa conocer, sino también para la construcción de marcos y referentes analíticos que serán puestos a prueba durante la aproximación empírica. Naturalmente, el propósito de una investigación no es solo lograr conocimiento sobre un fenómeno particular, o abonar a un debate específico en un campo del conocimiento, sino principalmente contribuir a refinar los aparatos críticos de los que se parte, construir categorías analíticas *ad hoc* a nuestras realidades y, por supuesto, siempre dejar lugar a la serendipia. Así, se espera construir explicaciones contextualizadas a partir del análisis de la información empírica, pero además innovar en términos metodológicos.

Estas son algunas de las pretensiones académicas que nos llevan a seguir haciendo investigación empírica, a pesar de los constreñimientos que continuamente dificultan la investigación en las ciencias sociales, ya sea por las limitaciones presupuestales, la inseguridad y la percepción de riesgo, que han derivado en restricciones institucionales que señalan localidades y regiones donde desautorizan realizar investigación en campo por el riesgo que supone para los investigadores. Esto ha conducido a limitar las oportunidades, para las más recientes generaciones de estudiantes, de entrenarse en algunos sitios estratégicos, y en muchos casos, incluso les ha conducido a no entrenarse en campo.

A este difícil escenario, se suman las constricciones derivadas de la pandemia de COVID-19. Por ello, proponemos un ejercicio reflexivo sobre nuestra práctica de investigación social en campo, caracterizada por su carácter situado y contextual, por su orientación a un proceso de indagación constante y detallado que demanda el *estar allí*.

¿Qué sucede cuando una pandemia irrumpe y nos lleva a encerrarnos en casa, siguiendo las normas de distanciamiento físico? ¿Cómo podemos continuar las investigaciones en curso? Y más aún, ¿en qué forma las innovaciones que estamos creando en esta coyuntura, transformarán de manera duradera nuestras prácticas para desarrollar la investigación en campo?

Con estas interrogantes en mente, en este artículo compartimos algunas reflexiones preliminares que surgen de las incursiones que hemos realizado en campo durante el confinamiento que inició en marzo de 2020. Se trata de conversaciones y entrevistas realizadas con migrantes —a través de las plataformas virtuales—, para dar continuidad a investigaciones en proceso, y de actividades de seguimiento a la observación participante, migrando hacia el ámbito digital. Así, esperamos contribuir a la que probablemente será una de las discusiones metodológicas centrales del 2021 y de los años subsecuentes en las ciencias sociales, específicamente en la investigación social que construye datos a partir del análisis de información empírica de primera mano.

El regreso al campo en tiempos de COVID-19

Durante los últimos meses han circulado publicaciones que reflexionan en torno a los límites que impone la pandemia —fundamentalmente la reclusión y el distanciamiento físico— a la investigación en ciencias sociales.

Por un lado, algunos académicos situados en “el norte global”, advierten que el contexto de pandemia podría conducir a la normalización y profundización de la “investigación remota”. Es decir, a profundizar la práctica que ha permeado en algunos sitios percibidos como “de difícil acceso”, en que grupos de investigación subcontratan investigadores y estudiantes de

otros países, para limitarse a recibir información empírica desde lugares en los que ellos no se han hecho presentes. Es decir, la pandemia fomentaría la investigación remota, ya presente en regiones donde están sucediendo conflictos armados, donde la violencia política y social se ha exacerbado o donde otras enfermedades —como el ébola en África— se presentan como una amenaza. El incremento de la práctica de *outsourcing*, marcaría entonces el año 2020 —y sucesivos— convirtiendo la investigación en campo en una práctica burocrática en las universidades (cf. Backzo y Dorronsoro 2020).

En este mismo contexto, otros investigadores han subrayado lo que se pierde con la falta del encuentro cara a cara, entre investigador e informante, así como los costos que esta parálisis, que impone la pandemia, puede traer a las ciencias sociales. Específicamente, para las disciplinas que se nutren del trabajo de investigación empírica podrían significar un gran reto las limitaciones para viajar e incursionar en campo, para la observación etnográfica, e incluso para establecer conversaciones e identificar nuevos informantes. Asimismo, señalan la dificultad para generar *rapport* a través de los medios electrónicos, así como las complicaciones para hacer entrevistas y mantener diálogo con posibles colaboradores etnográficos en entornos digitales (Montes de Oca 2020; Pasteur de Faria 2020).

Pero a la par de estas posiciones, también se han destacado experiencias positivas que emergen del ineludible distanciamiento físico por la emergencia sanitaria, y que intentan también potenciar y sistematizar algunas de las ventajas y oportunidades que podría representar el trabajo de investigación mediado por plataformas virtuales (cf. Christia y Lawson 2020; Montes de Oca 2020). Es en esta línea en la que se ubica nuestra reflexión, la cual parte de nuestra experiencia del trabajo de investigación con poblaciones migrantes realizada durante la segunda mitad del año 2020. Conviene aclarar que nuestra posición no es la de especialistas en investigación acerca de —o a través de— plataformas digitales, ya sea como etnografía *on-line* u *on-life* (cf. Bárcenas y Preza 2019). Nuestra reflexión no busca remplazar el trabajo de la etnografía tradicional por nuevas metodologías que partan, desde su diseño teórico-metodológico, por

la investigación de las actividades humanas tanto en línea como fuera de línea. Más modestamente, reflexionamos sobre algunas estrategias para incorporar la mediación tecnológica, con el fin de continuar el trabajo diseñado siguiendo las pautas clásicas de nuestra disciplina.

Es decir, reflexionamos acerca de nuestra experiencia a lo largo de los últimos meses, en donde hemos debido adaptar algunas de nuestras formas habituales de acercamiento al campo, refinando así algunos de nuestros instrumentos metodológicos.

Es importante destacar que la reflexión, entonces, corresponde a una coyuntura particular —el inicio del confinamiento por la irrupción de la pandemia— que no solamente afecta nuestras posibilidades de acercamiento al campo, sino que trastoca el funcionamiento social y la vida cotidiana de todas las personas. Este profundo cambio, impone retos, pero abre también oportunidades.

Así, por ejemplo, nuevas oportunidades de comunicación surgieron en el marco de una investigación que tiene como objetivo estudiar el proceso de incorporación social y laboral de las personas, con experiencia migratoria en Estados Unidos, que han retornado a la zona metropolitana de la Ciudad de México (al municipio de Nezahualcóyotl, Estado de México). Durante el confinamiento, y para no prolongar el tiempo de ausencia en nuestros lugares de trabajo, retomamos el contacto con personas con quienes habíamos conversado informalmente y a quienes planeábamos entrevistar en profundidad, una vez que se lograra establecer una relación de confianza y construir empáticamente la situación de encuentro con el otro. En ese momento, encontramos una disponibilidad mayor por parte de algunos de ellos: había quienes habían perdido sus empleos, otros realizaban labores desde casa o estaban trabajando a tiempo parcial, por lo que ahora disponían de mayor tiempo para conversar —así lo expresaban—, e incluso para establecer una larga charla siguiendo un guion de entrevista que podría prolongarse por un par de horas. Reanudamos así el seguimiento, por vía telefónica, con migrantes de retorno en Nezahualcóyotl,

donde los altos niveles de contagio por COVID-19 llevaron a una fuerte reclusión durante los meses de abril a junio de 2020.

El hecho de que contaran con un teléfono celular facilitó la comunicación, e incluso en algunos casos, una vez que abríamos la conversación, ellos mismos proponían continuarla algún otro día. En sus narrativas se referían constantemente al aislamiento. Hubo quienes se quedaron solos y experimentaban la necesidad de encontrarse con otras personas, aún de manera virtual. Es el caso de los migrantes de retorno reciente, sin familiares cercanos radicados en ese municipio, quienes frecuentemente viven solos en vecindades o cuarterías, donde arriendan pequeñas habitaciones a las que llegan solo para dormir. En su caso, el confinamiento generó sensaciones de soledad y ansiedad.

En otro proyecto de investigación que busca analizar el entrelazamiento de las trayectorias de migración y salud (Odgers et al. 2019), se reanudó el trabajo de seguimiento etnográfico con solicitantes de asilo de origen centroamericano, africano, haitiano y caribeño que se encuentran varados en la ciudad de Tijuana, Baja California.

Antes de la pandemia, se había desarrollado observación participante en dos albergues para migrantes, en torno a dos actividades principales: un taller de tejido, y clases de español. Ambas actividades se realizaban dentro de los albergues, de manera que se podían compartir algunas actividades cotidianas con sus residentes. Con la llegada de la pandemia, se suspendió el acceso de los voluntarios a las instalaciones, pero al mismo tiempo, ante la necesidad de mantener las actividades lúdicas y formativas durante el confinamiento, los directivos propusieron tratar de continuar las actividades en línea. Así, se acordó con los participantes que cada quien se conectaría mediante su teléfono celular vía Skype en el horario habitual.

En las primeras semanas de trabajo en línea, las clases de español comenzaron a fluir, aunque con algunos percances. Fue necesario adquirir audífonos, para evitar el ruido ambiental, y asegurar una conexión wifi para todos los participantes.

Habiendo realizado tales ajustes, no se presentaron problemas mayores. El taller de tejido trató de seguir la misma modalidad, pero con escaso éxito, por lo que pronto fue suspendido.

Además de cumplir con su objetivo central —contribuir a la adquisición de competencias lingüísticas—, las clases de español permitieron continuar sin interrupción la observación participante a distancia y abrieron caminos que en la modalidad presencial no existían. Se logró la incorporación de personas migrantes establecidas en la periferia de la ciudad: debido a la distancia y al elevado costo del transporte público, las clases presenciales en el albergue quedaban fuera de su alcance, mientras que las clases en línea les resultaban convenientes. Esto permitió diversificar el grupo de participantes y establecer comunicación incluso con personas que nunca habían asistido a los albergues.

La relación mediada por la tecnología nos permitió establecer una relación aún más cercana pues los alumnos, al tomar la clase dentro de sus hogares, aprovechaban la ocasión para presentarnos a otros miembros de sus familias y para hacernos partícipes de su espacio doméstico. Así, “participamos” en comidas familiares, vimos transformarse una habitación para la llegada de un bebé, aprendimos la preparación de platillos tradicionales en sus cocinas, y también hemos sido escudriñados por más de un vecino curioso. En definitiva, “entrar” a sus hogares —y permitirles entrar al nuestro— ha generado un grado de empatía que difícilmente se hubiera logrado entre las cuatro paredes del salón de clases del albergue.

Oportunidades y nuevos retos de la investigación en campo en contextos de COVID-19

La oportunidad de contacto a través del teléfono móvil y específicamente por mensajes de WhatsApp facilitó que se reactivara la comunicación en torno a su salud y sus condiciones de vida en esta coyuntura. Ellos expresaron interés en hacer una videollamada, conectarse por Zoom o a través de alguna otra aplicación para conversar. Les interesaba hablar acerca de cómo estaban llevando la vida en confinamiento y expresar sus

opiniones en torno al riesgo latente de contagio. Esta disponibilidad nos reconectó al campo, en un momento en el que veíamos pocas opciones para continuar en esa labor.

A partir de estas dos experiencias, —en Nezahualcóyotl, Estado de México y en Tijuana, Baja California— sistematizamos algunas ideas que sugieren la existencia de ciertos resquicios de oportunidad para mantener tanto el contacto con nuestros informantes como nuestra presencia en campo.

- a) La disponibilidad de tiempo para conversar, y construir cierto *rapport* a partir de estos encuentros virtuales. Establecer confianza y relaciones de solidaridad ofrece nuevas vías de comunicación, información empírica valiosa sobre las condiciones de vida, salud y trabajo que circunda a nuestra población bajo estudio, y eventualmente genera situaciones propicias para entrevistas en profundidad o para el seguimiento etnográfico. Esta mayor disponibilidad de tiempo era desigual entre hombres y mujeres, aunque también ellas expresaron la necesidad de encontrar una ventana al exterior.
- b) Las conversaciones mediadas permiten al investigador ahorrarse el tiempo que implica el desplazamiento hacia los sitios en donde realiza la investigación, reduciendo también los costos. Más aún, evita desplazarse a lugares que podrían resultar peligrosos. Por otro lado, a los migrantes y solicitantes de asilo les facilita conectarse a un grupo, tomar un curso, realizar actividades lúdicas y sobre todo no aislarse socialmente. Adicionalmente, el uso de estas tecnologías les genera ahorros tanto de dinero como de tiempo, dada su localización periférica en alguna de estas ciudades.
- c) La necesidad de comunicación, contacto e interacción debido a las condiciones de aislamiento por la pandemia produjo también condiciones propicias para romper, o al menos relajar, la relación jerárquica que se establece entre el investigador y el informante, y que a pesar de los esfuerzos por generar relaciones de igualdad en la conversación, resulta difícil

conseguir cabalmente. El encuentro por medios virtuales aligeró esta percepción, denotada por ejemplo en facilitar el uso de los pronombres tales como “usted” para referirse al investigador, y ahora tratarnos con mayor confianza y “hablarnos de tú”, —como lo señaló una mujer migrante—.

- d) La relación de confianza generada en las reuniones recurrentes a través del uso de plataformas virtuales ha permitido que nuestros interlocutores tengan mayor control sobre lo que muestran u ocultan de su espacio privado, mediante la posibilidad de apagar la cámara y/o el micrófono, y de tomar, rechazar, o concluir una llamada. De esta forma, la presencia de los investigadores —incluso dentro de sus hogares— resulta menos invasiva, más fluida y menos jerárquica. Estas condiciones permiten que los informantes cuenten sus historias con menos temor, sin el riesgo a ser escuchados por otros, como sucede en los espacios públicos (cafés, parques, plazas comerciales), sugeridos frecuentemente tanto por investigadores como por informantes para sostener encuentros conversacionales en el campo, sobre todo en los espacios urbanos y las grandes ciudades.
- e) Nuestra incorporación a sus directorios de redes sociales, agiliza el funcionamiento de la “bola de nieve”, toda vez que el establecimiento del contacto con nuevos informantes no requiere de desplazamientos ni de presentaciones presenciales.

Nota final

Esta reflexión, que proviene de dos experiencias de regreso al campo en tiempos de COVID-19, ha tenido como propósito central introducir la discusión en torno a algunos de los dilemas y retos que supone la investigación social, en esta coyuntura inesperada de la emergencia sanitaria. No tiene la pretensión de ofrecer lecciones en torno a los usos, alcances y oportunidades de las plataformas virtuales, y en general de la tecnología de la comunicación para la investigación social. Por el contrario, desde nuestra localización como sociólogas formadas en la práctica de la investigación que se caracteriza por *el estar*

allí, pretendemos modestamente contribuir a enriquecer un debate que se reaviva con esta pandemia, y que podría conducir, por un lado, a reactivar y revalorar la relevancia de construir datos desde la investigación empírica directa; y por otro, también a construir y refinar la artillería teórico-metodológica para la investigación social mediada, la que se viene desarrollando desde hace varias décadas por algunos grupos de investigadores.

Referencias

- Backzo, Adam, y Gilles Dorransoro. 2020. “The Ethical, Epistemological, and Conceptual Need to Resume Fieldwork”. *Spires Sciences Po Institutional Repository*, 26 de noviembre de 2020. <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-03023231>
- Bárceñas, Karina, y Noemí Preza. 2019. “Desafíos de la etnografía digital en el trabajo de campo online”. *Virtualis* 10 (18): 134-151.
- Christia, Fotini, y Chappell Lawson. 2020. “Training the COVID-2019 Cohort: Adapting and Preserving Social Science Research”. *Social Science Research Council*, 30 de julio de 2020. <https://items.ssrc.org/covid-19-and-the-social-sciences/social-research-and-insecurity/training-the-covid-19-cohort-adapting-and-preserving-social-science-research/>.
- Pasteur de Faria, Louise S. 2020. “Etnografía en la pandemia: Algunas experiencias de trabajo de campo”. *Universidad Federal de Rio Grande do Sul*, 7 de julio de 2020. <https://www.ufrgs.br/ifch/index.php/es/etnografia-na-pandemia-algunas-experiencias-de-trabalho-de-campo-1>.
- Malinowski, Bronislaw. 1973. *Los argonautas del pacífico*. Barcelona: Península.
- Montes de Oca, Laura. 2020. “Distancia social e investigación etnográfica”. *Resonancias: Blog del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM*, 29 de mayo de 2020. <https://www.iis.unam.mx/blog/distancia-social-e-investigacion-etnografica/>.
- Odgers, Olga, Thomas Csordas, Ietza Bojórquez y Olga Olivas. 2019. “Tracing Mobility and Care Trajectories: Migrants and Asylum Seekers’ Experiences in the US-Mx Border”. *Research project funded by Programa de Investigación en Migración y Salud (PIMSA)*. //